

ANTONIO RUBIAL GARCÍA

El cristianismo en Nueva España

Catequesis, fiesta,
milagros y represión



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ÍNDICE GENERAL

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I. <i>¿Qué significado tuvo “cristianizar” en Nueva España?</i>	25
I.1. El papel de las autoridades imperiales y de las redes sociales	25
I.2. ¿Qué se debía creer y practicar? Los mensajes teológicos y morales	28
I.3. Fiestas, santos e imágenes. Entre el didactismo y la ritualidad	33
I.4. Emisores y receptores en los ámbitos rurales y urbanos	39
I.5. Las dimensiones espacio temporales. Regiones y cronología	42
II. <i>Los inicios del proceso evangelizador (1521-1585)</i> ...	45
II.1. La primera evangelización en el ámbito rural de Mesoamérica	50
II.2. La cristianización en el ámbito urbano	104
III. <i>Expansión y consolidación del cristianismo (1585-1750)</i>	128
III.1. La Nueva España, un territorio complejo y diverso	130
III.2. Las nuevas estructuras de la Iglesia y sus redes institucionales	138
III.3. Una pastoral para el ámbito urbano	147
III.4. El cristianismo indígena y la erradicación de las “idolatrías”	217
IV. <i>La cristianización en las fronteras (1585-1770)</i>	275
IV.1. Las misiones franciscanas y la presencia del clero secular	280

IV.2. La llegada de los colegios de Propaganda Fide y sus misiones	301
IV.3. Las misiones jesuitas hasta las rebeliones tarahumaras	312
IV.4. La expansión misionera jesuita desde fines del siglo xvii hasta la expulsión	324
Epílogo. <i>Una Iglesia reformada frente a una religiosidad desbordante</i>	339
<i>Obras citadas</i>	361
<i>Índice onomástico</i>	399

El cristianismo en Nueva España. Catequesis, fiesta, milagros y represión, de Antonio Rubial García, se terminó de imprimir y encuadernar en marzo de 2020 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 Ciudad de México. En su composición, realizada en el Departamento de Integración Digital del FCE por Juliana Avendaño López, se utilizaron tipos New Aster. La edición, al cuidado de Araceli Puanta Parra, consta de 2 000 ejemplares.

INTRODUCCIÓN

En el siglo XVI el cristianismo llegó a la Nueva España como consecuencia de la conquista armada del imperio mexicano llevada a cabo por un grupo de aventureros bajo los auspicios de la Corona española. Poco tiempo después llegaron los religiosos mendicantes que comenzaron a implantar la nueva fe y, al igual que las autoridades de la península ibérica, decían obedecer el mandato evangélico de bautizar y convertir a todos los pueblos del orbe. Reyes, conquistadores y frailes se consideraban parte de un plan divino para instaurar en la tierra la ciudad de Dios, la Jerusalén celeste, y conseguir la victoria sobre la ciudad de Satanás, incluso por medio de la violencia, antes del Juicio Final. Este ideal había sido la justificación ideológica de la reconquista española contra el islam, cuyo éxito era visto como una prueba de la elección divina hacia España, y ése también fue el motor para promover la conquista y la evangelización de los indios americanos.

Desde el siglo XVI hasta nuestros días, el tema de la evangelización ha sido uno de los que ha despertado más interés por parte de los estudiosos de la historia de México, tanto eclesiásticos como laicos, nacionales y extranjeros. Considerado como hecho fundacional de la nación y de la Iglesia católica en México, ha sido continuamente reelaborado y revalorado. Como algunos de los acontecimientos históricos más significativos, éste se ha convertido en una construcción cambiante de acuerdo a los intereses y las necesidades de cada época, grupo o individuo.

A partir de la premisa de que toda reconstrucción del pasado es también histórica, en esta breve introducción me interesa aproximar al lector a un complejo proceso cultural cuyos postulados se fueron forjando a lo largo de los años dentro de diversos contextos. Desde su elaboración original por los cronistas del siglo XVI hasta el siglo XXI, en esta construcción historiográfica sobre el tiempo idealizado de los primeros contactos entre indios y frailes, se ha ido sedimentando una serie

de lugares comunes que, repetidos hasta la saciedad, han llegado a formar parte incluso de la conciencia histórica popular. Uno de estos mitos es que la conquista espiritual se llevó a cabo en el siglo xvi y que un puñado de frailes mendicantes evangelizaron, en un lapso de 50 años, a los millones de indígenas que habitaban el territorio que hoy es México.

Esa visión totalizadora, optimista e idílica se la debemos al primer texto que poseemos sobre la evangelización, aunque incompleto y fragmentado: la obra del franciscano fray Toribio de Benavente, también conocido como Motolinía.¹ Escrito a partir de un paradigma retórico, su principal objetivo era exaltar la labor de los franciscanos quienes, con la ayuda militar de Hernán Cortés, habían podido transformar el ser de esos nativos idólatras, antropófagos y sodomitas, en cristianos modélicos, humildes, sumisos y practicantes, que vivían en una Jerusalén terrena donde todo era armonía. Esa cristiandad había dado sus primeros mártires, los niños Cristóbal, Antonio y Juan de Tlaxcala, quienes murieron por denunciar las idolatrías. La visión optimista de la obra de Motolinía, que daba una idea de acabamiento, partía de la concepción providencialista de que la evangelización formaba parte de un plan divino cuyo éxito inminente era rescatar el mayor número de almas de las garras de Satanás.

Motolinía y la mayoría de los frailes veían la conquista armada y el uso de la violencia como un mal necesario para conseguir el bien mayor que era la conversión de los indios y su salvación, aunque denostaban los abusos de los encomenderos y consideraban éstos como graves faltas a la moral y a la caridad cristianas. Apoyados en la condena de tales abusos, algunos religiosos, como el dominico fray Bartolomé de las Casas, sostenían que la cristianización sólo podría ser efectiva de manera pacífica y amorosa, y que el uso de las armas o de la

¹ Edmundo O'Gorman en varios de sus trabajos ha planteado la presencia de tres versiones de dicha crónica. La primera fue editada por él bajo el título *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969. El mismo autor publicó una segunda versión bajo el título *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1971. Finalmente, este historiador ha propuesto incluso la reconstrucción de la obra completa en un texto llamado *El libro perdido*, México, Conaculta, 1989.

violencia podía resultar contraproducente. El conflictivo tema estuvo presente a todo lo largo del proceso cristianizador y, como veremos, la primera postura que justificaba el uso de la fuerza fue la que se impuso de manera más generalizada.

La percepción del proceso evangelizador, dejada por Motolinía, sentó las bases para que en la segunda mitad del siglo xvi, el franciscano fray Jerónimo de Mendieta y el dominico fray Agustín Dávila Padilla forjaran el mito de la edad dorada.² Estos religiosos veían su tiempo de manera muy pesimista: la población indígena estaba diezmada por las epidemias y los trabajos excesivos y estaba sujeta a un sistema tributario más rígido e injusto; su cristianismo era muy superficial, como lo mostraba la persistencia de los cultos a los dioses antiguos; además, los obispos, dirigentes del clero secular, atacaban a los frailes y pretendían desplazarlos de su papel rector en las comunidades nativas; por último, la nueva política de Felipe II afectaba también a los colaboradores inmediatos de los religiosos, los encomenderos y los nobles indígenas, y daba su apoyo a los alcaldes mayores, corregidores y mercaderes, con cuyos intereses no comulgaban.

En contraste con esta etapa “decadente”, se describieron las primeras décadas de la misión como una era gloriosa, en los términos del cristianismo primitivo apostólico. Los misioneros fueron representados en esas crónicas como “ángeles en carne mortal”, entregados a duras disciplinas, con una caridad ilimitada y una pobreza absoluta y que lograban conversiones milagrosas con escasos recursos. Aunque durante esa edad dorada hubo algunos conflictos con las autoridades (sobre todo con la Primera Audiencia), la relación de los religiosos con virreyes y obispos había sido armónica. La misma conquista militar era vista como una necesidad y Hernán Cortés fue llamado por Mendieta “el nuevo Moisés”, pues sacó al pueblo indígena del cautiverio de la idolatría para llevarlo a la tierra prometida de la verdadera fe. Detrás de esta visión de una iglesia indiana casi perfecta, estaba presente un fuerte paternalismo que consideraba a los indios como niños, inclinados al vicio

² La obra de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, no se imprimió en su época por su carácter demasiado combativo contra las autoridades de la Corona y los obispos. La *Historia* de Dávila Padilla, en cambio, tuvo dos ediciones, una en Madrid en 1596 y otra en Bruselas en 1634.